
SED MISERICORDIOSOS

**CARTA PASTORAL DE MONS. JAUME TRASERRA CUNILLERA
OBISPO DE SOLSONA**

16 de julio de 2005

A los presbíteros, religiosos, miembros de Institutos Seculares y fieles laicos de la Diócesis de Solsona

INTRODUCCIÓN

El mes de junio del año 1828, Santa Joaquina de Vedruna estuvo en la ciudad de Solsona. Se conserva todavía en el Hospital Pedro Mártir Colomé, la escalera principal de piedra que subió la santa. Esta mujer fuerte, viuda y madre de nueve hijos, había fundado -con nueve compañeras- la Congregación religiosa que se denominó *Hermanas Carmelitas de la Caridad*, con la voluntad de asistir a los enfermos abandonados y de dar instrucción cristiana a las niñas, particularmente las pobres. A petición de los administradores del Hospital de Solsona, Santa Joaquina y tres religiosas se establecieron en el Hospital, y se hicieron responsables de la asistencia a los enfermos y del orden general de la casa; fue la cuarta fundación de las Carmelitas de la Caridad, el 8 de abril de 1829.

Santa Joaquina no olvidó el tiempo pasado en el Hospital de Solsona y, en una carta escrita en Vic unos años más tarde, decía a la Superiora y a las otras hermanas: “Y si sois humildes, no lo dudéis, amadas hijas, el Espíritu Santo hallará la morada de vuestros corazones bien preparada. Y ojala después supiera que parecía se hubiese prendido fuego en el Hospital de Solsona. Ojala de tal manera penetrara el amor de Dios, que nunca jamás pudiera apagarse...”¹.

El Espíritu Santo hace nacer este fuego: el amor compasivo y misericordioso en el corazón de los fieles. El mismo Espíritu trajo muchas chicas a seguir el ejemplo de vida de las hermanas. Así, bien pronto, las Carmelitas de la Caridad se hacen presentes en hospitales y escuelas de nuestra diócesis, hasta nuestras días. Ha sido una historia espléndida de entrega personal a Dios y a los hermanos. Joaquina de Vedruna, junto con otros muchos fundadores y fundadoras, fue sensible a las necesidades más vivas del pueblo sencillo y de la sociedad catalana del siglo XIX y emprendió la aventura de vivir en la gloria de Dios y para el bien del prójimo, sirviendo a los enfermos y dando enseñanza cristiana. También hoy, las situaciones de pobreza, de aflicción y de rechazo que abruma a las personas, suscitan en los fieles cristianos iniciativas comprometidas y generosas en favor de quienes sufren.

El Concilio Vaticano II nos recuerda: “Sobre todo en nuestros días es preciso hacerse prójimo de cada persona y de servirla activamente cuando nos busca, tanto si es un viejo dejado de todo el mundo, como un trabajador extranjero injustamente discriminado, o un exiliado, o un niño nacido de una unión ilegítima, sufriendo injustamente por un pecado no cometido por él, o un hambriento que interpela nuestra conciencia, recordando la Palabra del Señor: *todo aquello que habéis hecho a uno de estos, mis hermanos más pequeños, me lo habéis hecho a mí*”².

El Concilio Provincial Tarraconense, del cual hemos conmemorado recientemente el décimo aniversario, dedicó cuarenta y dos conclusiones al tema: “La solicitud por los más pobres y marginados”. Estas conclusiones mantienen su actualidad y piden una aplicación continuada.

La carta pastoral que hoy os dirijo quiere anunciar de nuevo las palabras de Jesús a sus discípulos: “Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre”³ y quiere exhortar a todos los fieles de la diócesis a abrir los ojos ante los hermanos necesitados y a salir a su encuentro para ofrecerles ayuda y para hacerse próximos y solidarios.

I.- LA MISERICORDIA DE DIOS

Es cierto que Dios es inefable, el siempre más grande. Las palabras humanas no lo pueden describir, los pensamientos de los hombres no lo pueden abarcar. A Dios no lo ha visto nunca nadie: habita en

¹ Joaquina de Vedruna, Cartas, Madrid 1977, p.106

² Concilio Ecueménico Vaticano II: Const. Pastoral de la Iglesia en el mundo contemporáneo, 27

³ Lc 6,36

una oscuridad impenetrable, en una luz inaccesible. Por esto, el silencio y la adoración forman parte de la actitud creyente.

Aun así, Dios es misericordioso. Ha querido mostrarse a los hombres y descubrirles su amor. Él se ha hecho accesible, palpable. Él ha dejado de ser el Dios desconocido, para ser el Dios que se compadece y salva. Jesucristo ha revelado el Padre a los hombres porque Él es el Hijo, Él es la Palabra: "Vosotros no lo conocéis –decía Jesús a los judíos- pero yo sí que lo conozco"⁴. Hará falta siempre acudir a Jesús para llegar a conocer al Padre entrañable y Dios de todo consuelo.

1- La predicación de Jesús

En su predicación, Jesús habla a menudo del Padre. Es el Padre que vela por los hombres y los ama. Ha hecho al hombre y la mujer a su imagen y quiere hacerlos participar de su vida, de su plenitud. Por esto, no deja de invitarlos y de esperarlos, respetando su decisión libre y su respuesta filial.

El Padre que Jesús nos revela conoce el sufrimiento de los afligidos y tiene compasión. Es el Padre lleno de ternura que se compadece incluso de quienes se alejan de Él y los perdona, porque es rico en misericordia. Las palabras de Jesús son claras: "Dios ha querido tanto al mundo, que ha dado a su Hijo único, para que no se pierda ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna. Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenarlo sino para salvarlo por medio de Él"⁵.

Jesús anuncia una definitiva y plena intervención de Dios en favor de todos los pobres de este mundo. Es una oferta de vida y comunión. Quienes esperaban el juicio y la condena de los que hacen el mal, se sorprenden que Jesús hable del Padre misericordioso que acoge y perdona, sin excluir nadie. Todo el mundo es llamado por este Padre, también los pecadores, especialmente los pobres, los menospreciados, los marginados de la sociedad.

2- Las parábolas

Esta noticia dichosa, el Evangelio de Jesús, está presente en las parábolas que muestran la misericordia del Padre con pinceladas originales y de mucha belleza.

Recordemos dos especialmente expresivas:

La primera, la parábola del sirviente sin compasión⁶. Jesús explica el caso de un rey que pide cuentas a un subordinado que le adeuda una enorme cantidad. Para poder satisfacer la deuda es condenado a ser vendido como esclavo con su mujer, sus hijos y sus bienes. Este sirviente, arrodillado ante el rey, le pide: "Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo". Ante esta súplica, el rey se compadece de él y le perdona la deuda. La compasión del rey misericordioso y su perdón fueron más fuertes que la grandeza de la deuda. No es esta la manera como los hombres actúan con sus deudores. La parábola quiere hacernos ver la misericordia sin límites del Padre del cielo. Esta es la buena noticia, desconcertante y dichosa, que alienta a todo hombre.

La segunda, la parábola del hijo pródigo⁷. El protagonista de la parábola es el padre y su amor por sus hijos, pese a las ofensas que recibe tanto del hijo que marchó a un país lejano como del que se quedó a casa. Uno y otro estaban lejos del amor del Padre: el primero en el alejamiento físico y voluntario; el segundo, compartía la casa con el padre pero su corazón estaba lejos.

⁴ Jn 8,55

⁵ Jn 3,16-17

⁶ Mt 18,21-35

⁷ Lc 15,11-31

El padre salió a buscar a los dos, ofreciéndoles el perdón, la casa abierta y, sobre todo, su amor misericordioso que invita al banquete y a la fiesta. No cuentan delante del padre ni los disparates del pródigo, ni la dureza de corazón del hijo mayor. Es su bondad la que explica su comportamiento.

Este es el rostro del Padre que Jesús nos ha querido mostrar: el padre que espera, que se conmueve y corre al encuentro del hijo perdido. El padre que invita a una fiesta abundosa tanto al hijo reencontrado como el hijo de corazón mezquino. No siempre los padres en este mundo aman y actúan de esta manera. El Padre del cielo, sí. Así nos lo dicen estas parábolas.

3- Los milagros

En los evangelios no solamente constan las palabras y la enseñanza de Jesús sino también las obras prodigiosas que Él obró: los milagros. Estas obras tienen la función de mostrar que la intervención salvadora de Dios es ya realidad.

Las curaciones y las expulsiones de los espíritus malignos son signo del Reino que se abre paso. Jesús mismo las interpreta en este sentido: “Si yo expulso los demonios por el poder del Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios”⁸. Tanto la enfermedad como el los espíritus malignos son para los hombres causas de desamparo y de pobreza radical. La supresión de esta esclavitud y la recuperación de la libertad expresan la salvación que Dios quiere para el hombre sincero, destinado a una vida plena.

Los milagros muestran que Jesús escucha el clamor de los que sufren dolores físicos, quienes viven en el temor o el desamparo, quienes están dominados por sus pecados. Cualquier sufrimiento humano lo conmueve. No se puede decir que Él haya pasado de largo ante la miseria humana. Al contrario, acercándose a los hombres necesitados nos hace ver que Dios no abandona a ninguno de sus hijos. Los milagros de Jesús son manifestaciones del amor del Padre, que tiene compasión y escucha la plegaria de la persona afligida. Jesús hace visible la verdad de este amor.

4- La vida de Jesús

Toda la vida de Jesús revela la bondad y la misericordia del Padre. No solamente las palabras y las obras, sino Él mismo revela los sentimientos y las obras del Padre. Jesús es la epifanía del Padre. Él mismo decía a los discípulos: “Quienes me han visto a mí ha visto el Padre”⁹.

Jesús tiene compasión y piedad de los necesitados que se le acercan. También las multitudes hambrientas y abatidas que lo siguen despiertan en Jesús sentimientos de compasión. En la muerte de Lázaro, Jesús llora, se conmueve interiormente y se estremece al ver el desconsuelo de quienes lloran aquella muerte. También ante la ciudad de Jerusalén, Jesús llora por ella porque no ha sido capaz de ver el día en que Dios la visitaba. La misericordia de Jesús hacia todos aparece claramente en las palabras: “Venid a mí quienes estáis cansados y agobiados y yo os daré descanso”¹⁰ y en la parábola del samaritano compasivo que atiende al hombre apaleado y abandonado cerca del camino¹¹.

Jesús también expresa su amor misericordioso en los gestos sorprendentes de la cena pascual. En aquella hora, “Él que había estimado a los suyos, que eran al mundo, los amó hasta el extremo”¹². Por amor, lava los pies a los discípulos y se hace servidor de todos. Por amor, muestra los signos de su cuerpo entregado y de su sangre derramada e instituye su memorial.

⁸ Mt 12,28

⁹ Jn 14,9

¹⁰ Mt 11,28

¹¹ Lc 10,25-35

¹² Jn 13,1

Especialmente en la pasión, muerte y resurrección de Jesús resplandece la misericordia del Padre. Jesús crucificado pone en manos del Padre su vida, hasta el último aliento. El Padre acoge al Hijo entregado y acepta su oblación para la salvación de toda la humanidad.

La cruz no es la última palabra sobre Jesús. La resurrección y la vida gloriosa son su destino final. El Padre resucita a Jesús al tercer día y lo constituye salvador de quienes creen en Él.

Cuando la Iglesia celebra el memorial de Jesús, los fieles alaban el amor misericordioso del Padre y ruegan diciendo: "Pese a que hemos roto la alianza tantas veces, Tú no te has desdicho del amor y, por Cristo Señor Nuestro, has unido la familia humana tan estrechamente a Ti que nada la podrá separar"¹³.

II. LA MISERICORDIA CRISTIANA

Era preciso que la revelación del Padre misericordioso que Jesús proclamó no fuera olvidada sino que llegara a todos los tiempos y a todos los hombres. Por eso, el Espíritu Santo, el don de Pentecostés, transforma los discípulos de Jesús en apóstoles de la misericordia de Dios y en anunciadores de todo aquello que Jesús enseñó.

Después de ellos, la Iglesia predicará al Señor resucitado y glorioso, y su Evangelio de misericordia. Quienes por el bautismo se unen personalmente a Cristo y reciben el Espíritu Santo, se convierten en la Iglesia, en iconos de la misericordia del Padre.

1- El seguimiento de Jesús

La vida cristiana consiste en el seguimiento fiel de Jesucristo y en la imitación de su comportamiento. Seguir a Cristo es escuchar su palabra, esperar en Él y amarlo con un corazón sincero. Este es el camino de todo cristiano y de toda la Iglesia.

La figura de Cristo misericordioso, que pasa haciendo el bien y acogiendo a los afligidos, está siempre presente en la memoria de la Iglesia. Contemplándola, los fieles cristianos sienten el deseo de imitarlo y de reproducir en su vida la misma actitud misericordiosa.

El amor de Jesús es el que mueve a los cristianos a tener una mirada compasiva por los hermanos necesitados y a estimarlos sinceramente, como Él lo hacía. La misericordia proviene del amor compasivo que se compadece del sufrimiento de los hermanos. Es siempre un amor que proviene del corazón de un hombre nuevo, regenerado por el don del Espíritu.

2- Testigos de la misericordia

Las situaciones de necesidad y aflicción de las personas piden respuestas concretas. En nuestra sociedad son muchas las instituciones de solidaridad y de justicia, que se han propuesto hacer un servicio a los necesitados y son muchas las personas que colaboran. No siempre son personas que actúan motivadas por un compromiso de fe, pero a menudo manifiestan una actitud respetuosa y amistosa en su dedicación a los otros y son reflejo, de alguna manera, del amor de Dios.

También los cristianos se acercan a las personas que pasan privaciones con voluntad inequívoca de ayudarlos. Se han propuesto ser testigos de la misericordia de Jesucristo y desean curar y aliviar a los más débiles, a los más pobres. Las obras de caridad cristiana tienen unas notas características que las distinguen y las hacen mucho más valiosas que las obras simplemente humanitarias y altruistas:

Las obras de caridad cristiana, en primer lugar, son ayudas concretas a las personas que están en apuros: alimentos, vestido, alojamiento, limosna; también instrucción, consejo, amistad. Son cosas materiales o bienes espirituales. Todos ellos necesarios para una vida humana digna.

¹³ Misal romano, Plegaria Eucarística de Reconciliación, I

En segundo lugar, para el cristiano, estas obras de misericordia tienen un motivo específico: la voluntad de reproducir el amor misericordioso del Señor. Este amor es un don del Espíritu Santo que se derrama en el corazón de los cristianos y que los hace capaces de amar como Jesucristo. Es un amor sin límites, paciente y bondadoso, que se hace visible en la manera generosa y entusiasta de servir a las personas.

En tercer lugar, los cristianos desean ofrecer unos bienes más grandes todavía, cuando actúan en favor del prójimo. Son los bienes que Jesús ofrece abundantemente a quienes cura, asiste y perdona. Así, cuando habla del agua del pozo con la samaritana le habla también de otra agua que sacia la sed; cuando multiplica los panes para la multitud que lo sigue, habla de otro pan, que es Él mismo; cuando cura a un hombre en la piscina de Betzata le dice: "Ahora estás curado. No peques más, que no te pasen cosas peores"¹⁴. Jesús no busca sólo la curación para los enfermos y los bienes materiales para los necesitados, busca también que se conviertan a Él y reciban los bienes que perduran.

Así pues, los cristianos deben unir la propuesta explícita de los dones de la salvación a sus obras en favor de los demás. No nos engañemos. Las obras cristianas de misericordia no son simplemente las obras humanitarias y altruistas que hacen los cristianos. Son las obras de caridad que suscitan el amor de Cristo y que incluyen los bienes de la salvación.

3- La Eucaristía nos hace hermanos

La celebración de la eucaristía es para la Iglesia el momento privilegiado para el encuentro con su Señor, Jesucristo resucitado. Los fieles saben que el Señor se les manifiesta a través de los signos del pan y el vino y que, en la comunión, entran en una relación de intimidad con Él que los transfigura.

Desde las primeras comunidades cristianas, esta comunión con Jesucristo glorioso se ha vivido profundamente unida al amor a los hermanos. Lo afirma el apóstol Pablo: "El pan es uno sólo, y por esto nosotros, aunque seamos muchos, formamos un solo cuerpo, puesto que todos participamos de este único pan"¹⁵. A partir de la participación en la misma mesa, se edifica la familia de los hijos de Dios; la Iglesia que invoca el mismo Padre vive la fraternidad y se ofrece para servir a los pobres.

En algunas liturgias orientales, dentro la celebración de la eucaristía, se proclama el mandato de Jesús: "Este es mi mandato: que os améis unos a los otros como yo os he amado"¹⁶. Es una indicación clara del nexo entre el amor fraterno y la eucaristía. Es cierto que este amor se refiere antes que nada a los fieles, miembros de la Iglesia, el único cuerpo de Cristo, pero es también el amor que se extiende, sin fronteras, a todos los hombres, especialmente a los pobres y marginados. "La eucaristía es la mesa donde pobres y ricos, hombres y mujeres, sabios e ignorantes reciben el mismo alimento sobreabundante. Por esto, unos y otros deben sentir a la Iglesia como su casa"¹⁷.

Por tanto, los fieles encuentran en la eucaristía la llamada a hacer de la propia vida una existencia entregada a los otros, a establecer lazos de comunión y fraternidad con todo el mundo, superando todo aislamiento o actitud de suficiencia. Si en la eucaristía experimentamos el perdón y la misericordia del Señor que nos acoge y da vida, también nosotros debemos ser misericordiosos con todo el mundo.

4- Cristo presente en los pobres

La palabra y las obras de Jesús tienen como primeros destinatarios los afligidos y los pobres. Así consta muchas veces en el evangelio y, especialmente, en la respuesta de Jesús a los discípulos de

¹⁴ Jn 5,14

¹⁵ 1Co 10,17

¹⁶ Jn 15,12

¹⁷ C.E.E. La caridad nos apremia, 9

Juan Baptista: “Anunciad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben el anuncio de la buena nueva”¹⁸.

Es una preferencia que no excluye a nadie ni se ciñe a unas pobrezas determinadas. A partir de Jesús, la Iglesia ha hecho suya la opción preferente por los pobres y marginados. Juan Pablo II decía: “Recordando que Jesús vino a evangelizar los pobres, ¿no conviene subrayar decididamente la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados?”¹⁹.

Hay una razón innegable por esta opción preferente: Jesús mismo revela su presencia en los pobres: “todo aquello que hacéis a uno de estos, mis hermanos más pequeños, a mí me lo hacéis”²⁰. Es una presencia que no todos entienden. Jesús llama sus hermanos a quienes están necesitados. Tras la voz y el rostro de los hombres y mujeres que viven esta situación, el Señor hace sentir su voz y muestra su rostro dolido.

El cristiano vivirá el esfuerzo diario de reconocer el Señor presente en los hermanos, a sabiendas de que cuando se hizo visible como hombre no lo hizo en gloria y majestad sino en humildad y pobreza. Así continúa haciéndolo en el tiempo de la Iglesia: el Señor se manifiesta en la humildad de los sacramentos y en los más necesitados. Ejercitando la misericordia hacia ellos, los cristianos muestran su amor a Jesucristo y Él será la herencia para quienes lo hayan amado, amando a los pobres.

San Juan Crisóstomo ponía en boca de Cristo esta consideración dirigida a los cristianos: “Por ti pasé hambre y ahora vuelvo a pasar; colgado a la cruz tuve sed, y ahora todavía la sufro en mis pobres; es que por mi sed o por la de ellos, quiero que seas misericordioso, en pro de tu misma salvación”²¹.

Cuanto se señala de la pobreza de los bienes materiales, es válido también para todas las otras pobrezas de nuestro mundo, en especial para la pobreza espiritual y religiosa.

III. LAS OBRAS DE MISERICORDIA

El Catecismo de la Iglesia católica describe las obras de misericordia diciendo que “son las acciones caritativas con que acudimos a ayudar nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales”²².

La distinción entre necesidades corporales y espirituales es lo suficiente evidente, si bien hace falta remarcar que hay un nexo entre ellas. Las privaciones materiales, que influyen en la condición física de las personas, pueden tener repercusión sobre las capacidades psíquicas y espirituales. Asimismo, el ánimo alterado o trastornado puede repercutir en la salud del cuerpo. Muchas veces, las personas necesitan una atención espiritual y, a la vez, una ayuda material.

Juan Pablo II recordaba al empezar el nuevo milenio: “El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente si a las antiguas pobrezas añadimos las nuevas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no faltos de recursos económicos, pero expuestos en la desesperación del sinsentido, a la trampa de la droga, al abandono en la vejez o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social”²³.

Los cristianos deben sentir la obligación de practicar personalmente las obras de misericordia. No es necesario esperar la implantación de instituciones de caridad para actuar eficazmente en favor del

¹⁸ Mt 11,4

¹⁹ Juan Pablo II, Carta apostólica: “Al inicio del nuevo milenio”, 51

²⁰ Mt 25,40

²¹ Juan Crisóstomo, Homilía 15, P.G. 60,547-548

²² C.E.C. 2447

²³ Juan Pablo II, Carta apostólica: “Al inicio del nuevo milenio”, 50

prójimo. Actuar individualmente, sin notoriedad, tiene la gran ventaja del tú a tú, del trato personal con quien recibe la ayuda. Para toda persona, la ayuda personal, concreta y próxima, tiene un valor inestimable.

Aun así, las comunidades cristianas han demostrado su comunión fraterna con quienes más lo necesitan. Entre nosotros, las instituciones caritativas de la Iglesia tienen una larga historia de servicio y ayuda. Hace falta reconocer y alabar el trabajo caritativo y social realizado por las congregaciones religiosas y por las asociaciones de fieles laicos en favor de las innumerables personas que sufren.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES

Bajo este título se reúnen todas aquellas obras de misericordia que tienen como finalidad socorrer las personas que sufren la privación de algunos bienes corporales, fundamentales para la vida humana. En concreto, han sido resumidas así: Dar de comer a quien tiene hambre; dar de beber a quien tiene sed; vestir al desnudo; dar posada al peregrino; liberar el cautivo; visitar el enfermo y enterrar los muertos.

1 - Dar comida. Dar bebida. Vestir

“Tenía hambre y me disteis de comer.

Tenía sed y me disteis de beber.

Estaba desnudo y me vestisteis”²⁴.

Nos estremecen los datos que los organismos internacionales nos dan sobre el hambre y la desnutrición de los adultos y los niños en determinados países. Lo mismo podemos decir de la sequía de la tierra y de la carencia de reservas de agua en zonas particularmente áridas de África.

Es preciso que nuestro bienestar no nos haga olvidar a tantas personas que sufren hambre y sed. Debemos fomentar sentimientos de solidaridad con ellas mediante la colaboración con aquellas instituciones que tienen esa misión. Quizás no podamos hacer otra cosa. Es un problema injusto, de alcance mundial, que reclama decisiones valientes de la comunidad internacional.

Entre nosotros, hace falta estar atentos a las personas indigentes y a los inmigrantes que se encuentran en dificultades económicas y piden ser ayudados con alimentos básicos. Hace falta acogerlos y ayudarlos, procurando sobre todo que resuelvan su situación económica.

Eso puede decirse también de las personas que se ven obligadas a pedir ropa para vestirse o abrigarse. Los roperos de Cáritas atienden loablemente esta necesidad.

Por esto, hace falta que los fieles cristianos procuren:

- Convertir en limosna aquello que destinan a gastos innecesarios. El sufrimiento de las personas que sufren pobreza debe provocar la revisión de nuestra vida, poco austera y excesivamente consumista.
- Colaborar con Cáritas diocesana. Es la institución de la diócesis que fomenta el ejercicio de la caridad cristiana y atiende las necesidades inmediatas y la promoción personal de quienes son ayudados.
- Colaborar en la campaña contra el hambre promovido por la asociación “Manos Unidas”.
- Apoyar las campañas de ayuda al tercer mundo, entre ellas la relativa al 0’7 % de los presupuestos, y aplicar este criterio a las instituciones eclesiales y a aquellas otras en las que los cristianos laicos tengan capacidad de decisión.

2 - Dar alojamiento

²⁴ Mt. 25,35

“Era forastero y me acogisteis”²⁵.

En los últimos años, ha crecido con fuerza el número de personas que, emigrando de sus países de origen, han venido a vivir en nuestras ciudades y pueblos. No es posible en esta carta pastoral tratar el fenómeno de la inmigración y todos los retos pastorales que comporta en nuestra diócesis. Es ésta una cuestión importante que nos preocupa, a la que dedicaremos nuestra reflexión y nuestro esfuerzo.

Queremos recordar que los inmigrantes, además de la búsqueda de un trabajo permanente y de una situación regularizada, tienen la dificultad de encontrar un alojamiento accesible. También otras personas necesitan encontrar alojamiento y piden hospitalidad: son los transeúntes y los sin-techo que pasan o viven en las ciudades más grandes.

Por esto, hace falta que los fieles cristianos procuren:

- Evitar toda discriminación que impida que quienes buscan una vivienda de alquiler o de compra puedan acceder a ella.
- Ayudar a las familias inmigrantes que lo necesiten a encontrar una vivienda digna.
- Tener abierta la propia casa, para acoger personal y familiarmente a las personas solas, que no tienen apoyo familiar. No se olvidan nunca los rostros sorprendidos y agradecidos de aquellas personas que han compartido nuestra mesa o se han hospedado en nuestra casa.
- Recibir dichosamente en las comunidades parroquiales a los hermanos católicos provenientes de otros países, valorando y aceptando sus tradiciones.
- Promover la construcción y mantenimiento de albergues y residencias destinadas a personas transeúntes y sin techo. Esta es una loable iniciativa que ya es realidad en algunas parroquias de la diócesis.

3 - Visitar a los enfermos

“Estaba enfermo y me visitasteis”²⁶.

La enfermedad es una de las experiencias de la que casi nadie puede escaparse. Puede ser un momento de gracia y de progreso espiritual o también un momento de tentación y de prueba.

El enfermo, cuando ha de afrontar una enfermedad larga o grave, se plantea fácilmente las grandes cuestiones sobre el mal y el sentido de la vida. Encontrar una respuesta esperanzada en estas situaciones depende frecuentemente de las personas que lo rodean, tanto familiares y amigos, como profesionales de la sanidad.

El hecho de visitar a los enfermos es un gesto lleno de humanidad. Los cristianos deben procurar que su visita ayude a los enfermos a mirar su situación a la luz del evangelio, y la valoren como un momento de gracia de Dios. Es triste que, cuando el enfermo necesita que se le hable de la esperanza y del sentido de la vida, nosotros sólo le demos conversación. No olvidemos que la ayuda espiritual más excelente en estas circunstancias son los sacramentos de la reconciliación, de la eucaristía y de la unción de los enfermos.

Por esto, hace falta que los fieles cristianos procuren:

- Ayudar los enfermos a aceptar la enfermedad como un momento favorable para aumentar la confianza en Dios y para compartir con Jesucristo la debilidad y el sufrimiento.
- Constituir grupos y asociaciones que, desde las parroquias, visiten los enfermos en sus domicilios o en los hospitales y residencias, procurándoles el acompañamiento que necesiten.
- Preparar voluntarios para el servicio de los enfermos, de acuerdo con la delegación de pastoral de la salud.

²⁵ Mt. 25,35

²⁶ Mt. 25,36

- Acompañar a la familia del enfermo que, sobre todo en enfermedades largas y degenerativas, queda muy condicionada.

Recuerdo, especialmente a los presbíteros, la importancia de una pastoral que sea para los enfermos ocasión de volver a creer, de buscar el perdón de los pecados y que invite a unirse a Cristo sufriente y a recibir la fuerza de los sacramentos.

4 - Liberar al cautivo

“Estaba en la cárcel y vinisteis a verme”²⁷.

En las prisiones hay hombres y mujeres que, provenientes de nuestra diócesis, están privadas legalmente de libertad. Alejados de sus familias, de su entorno propio, de sus puestos de trabajo, de sus pueblos y de sus parroquias, sufren la mayor pobreza, son pobres entre los pobres.

El Santo Padre Juan Pablo II, en el mensaje de la celebración del jubileo del año 2000 en las prisiones escribió: “Pensando en estos hermanos y hermanas, mi primera palabra es desearles que Cristo resucitado -que entró en el cenáculo estando las puertas cerradas- pueda entrar en todas las personas del mundo y encontrar acogida en los corazones, dando a todos paz y serenidad”²⁸.

Por esto, hace falta que los fieles cristianos procuren:

- Visitar a los encarcelados que conozcan y mantener un trato personal con ellos que evite el riesgo de despersonalización que suele darse en las prisiones.
- Fomentar voluntarios que visiten las prisiones y apoyar su tarea.
- Preparar, donde sea oportuno, equipamientos destinados a acoger a los presos en situación de permiso.

Recuerdo, especialmente a los fieles que colaboran en la pastoral penitenciaria, que la principal misión que tienen confiada es la de ser mensajeros de la buena noticia: las puertas cerradas no han de impedir que los encarcelados reciban la paz y la serenidad de Jesús resucitado. Nadie está excluido de recibir esta oferta de salvación y de esperanza.

5 - Enterrar los muertos

“Bajó de la cruz (el cuerpo de Jesús), lo envolvió con una sábana y lo depositó en un sepulcro, tallado en la roca”²⁹.

En nuestras parroquias todavía hoy las exequias y el entierro de un difunto convocan un gran número de personas que quieren expresar con su presencia su afecto al difunto y a sus familiares. Esta es una obra de misericordia cristiana que tiene una tradición secular entre nosotros.

Por esto, hace falta que los fieles cristianos procuren:

- Aprovechar los momentos de luto y de tristeza para acercarse a los familiares y mostrarles el sentido de la muerte y la esperanza de la resurrección. Los difuntos no son solamente la memoria de un tiempo acabado sino que son el anuncio del mundo nuevo que esperamos.
- Colaborar con los presbíteros y ayudarlos, para que la misa exequial y la presencia en el cementerio susciten en los fieles actitudes de plegaria y sentimientos de fe y esperanza.

Recuerdo, especialmente a los presbíteros, que la celebración de las exequias, con los diversos actos que comporta, es una ocasión oportuna para anunciar la fe cristiana en la resurrección a

²⁷ Mt. 25,36

²⁸ Juan Pablo II, Mensaje por el Jubileo en las prisiones, 1

²⁹ Lc. 23,53

personas que sólo en estas ocasiones tienen contacto con la Iglesia. Por esto, invito a dedicar tiempo y esfuerzo a esta atención pastoral.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA ESPIRITUALES

Bajo este título se reúnen todas aquellas obras de misericordia que tienen como finalidad ayudar a las personas que se encuentran privadas de bienes espirituales fundamentales, especialmente los que son propios de la vida cristiana.

Todo el mundo considera que las personas en situación de pobreza, enfermedad, abandono, deben ser atendidas sin excusa. En cambio, resulta más difícil hacer entender que las personas privadas de determinados bienes espirituales también deben ser ayudadas sin negligencia.

Esta dificultad proviene a menudo del convencimiento de que ofrecer ayudas y bienes espirituales es una intromisión indebida en la vida de los demás, que no respeta su libertad. Otras veces, proviene de la opinión de que los bienes espirituales tienen menor rango que los bienes materiales. Estos son necesarios, los otros están sometidos a la aceptación o rechazo de cada cual, y, por lo tanto, son relativos. Cada cual quiere gobernarse a sí mismo y pensar y actuar siguiendo únicamente sus propios criterios.

Como consecuencia de estos y otros razonamientos parecidos, hoy se hace muy difícil transmitir valores humanos y criterios objetivos de comportamiento. Más todavía, se hace difícil el anuncio del evangelio, la enseñanza de los contenidos de la fe y la propuesta de las virtudes cristianas.

También en esta situación, los cristianos quieren contribuir al bien de la persona en todas las dimensiones de su ser. Por esto, promueven los valores humanos junto con las virtudes cristianas, para dar a conocer el sentido más global y último del misterio del hombre, evitando pararse en aspectos parciales de su identidad³⁰.

Así pues, las obras de misericordia espirituales deben ser entendidas también como una oportunidad para proponer los bienes espirituales del conocimiento de Jesucristo y de la salvación que Él otorga. Como decía el Concilio Vaticano II: "Cristo, el último Adán, en la misma revelación del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al mismo hombre y le hace conocer su altísima vocación"³¹.

Las obras de misericordia espirituales han sido resumidas así: enseñar a quien no sabe; dar buen consejo a quien lo necesita; corregir a quien va errado; soportar con paciencia las injurias; perdonar las ofensas; consolar a los tristes; rogar a Dios por los vivos y por los difuntos.

1 - Enseñar – Aconsejar – Corregir

"Proclama la palabra de Dios, insiste...corrige, interpela"³².

Todos aquellos que tienen confiada la noble tarea de enseñar, ejercen una valiosa obra de misericordia respecto a quienes tienen encomendados.

Los padres de familia son los primeros responsables de educar y aconsejar a sus hijos. Los maestros y profesores colaboran en esta tarea y los enseñan los contenidos culturales y científicos. Todas las personas en la vida cotidiana transmiten conocimientos, valores morales o normas de comportamiento, sea de palabra, sea con su ejemplo. Nunca llegaremos a saber las innumerables enseñanzas y consejos que hemos recibido de los otros y que ahora forman nuestra construcción intelectual, moral y práctica.

³⁰ Juan Pablo II, Carta encíclica: "La fe y la razón", 33: "El hombre, por su naturaleza, busca la verdad. Esta búsqueda no está destinada solamente a la búsqueda de las verdades parciales casuales o científicas... Su búsqueda tiende hacia una verdad ulterior que puede explicar el sentido de la vida"

³¹ Concilio Ecuménico Vaticano II: Const. Pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, 22

³² 2Tm 4,2

Esta posibilidad permanente de enseñar y aconsejar a los otros debe ser vivida por los cristianos como una obra de misericordia: hemos de enseñar la verdad que es Cristo y mostrar el buen camino del Evangelio.

Por tanto, la enseñanza incluye la presentación y anuncio de Jesucristo a quienes no lo conocen y el consejo incluye seguir su camino de vida. Todos los cristianos, en virtud de su bautismo, han recibido una participación en el ministerio profético de Cristo y por lo tanto “se convierten en valientes anunciadores de la fe en las realidades esperadas, si unen la profesión decidida de la fe a la vida según la fe”³³

Por esto, hace falta que los fieles cristianos procuren:

- Enseñar con claridad y coherencia los contenidos de la propia fe. Es urgente esta enseñanza porque muchas personas ignoran la salvación de Cristo y porque otras proclaman la bondad del sincretismo religioso.
- Presentar una visión del mundo y del hombre, tanto en la enseñanza científica como humanística, que tenga en cuenta la dimensión trascendente de su origen, sentido y destino último. Esta presentación debe ser irrenunciable para los maestros cristianos y especialmente para todos quienes trabajan en las escuelas cristianas.
- Corregir con respeto a aquellas personas que, con su discurso o con su comportamiento, contradicen valores morales fundamentales. La propuesta sincera de la virtud y del buen obrar es propia de aquellos que aman a quienes están extraviados.
- Dedicar tiempo a escuchar a las personas que quieren compartir sus desazones y experiencias, y aconsejarlos de acuerdo con los principios cristianos, sin vergüenza ni temor.

Recuerdo, especialmente a los presbíteros, la importancia de dedicar tiempo a la atención personal a los fieles y a su dirección espiritual.

2 - Consolar a los tristes

“Consolaos unos a otros...”³⁴

No podemos ignorar el desengaño y la tristeza que afectan cada vez más tantas personas de nuestro entorno. Las causas inmediatas son las de siempre: contrariedad, frustraciones, padecimientos físicos o morales. Hoy se añaden a menudo la debilidad psicológica y la carencia de sentido trascendente. Todas acaban en la aflicción que invade la cabeza y el corazón.

Consolar quiere decir acercarse a la persona afligida y ayudarla. Es preciso evitar que la aflicción le afecte de tal manera que pierda la esperanza de salir de su postración. Es bueno hacerle ver que su situación es temporal y superable.

Los cristianos deben consolar con palabras de fe y anunciar al afligido que Dios mismo no está lejos de quienes sufren. Las palabras de Jesús: “No llores”³⁵ se dirigen a la viuda que había perdido su hijo único y a tantas otras personas que leerán este evangelio. El consuelo verdadero es el que nos ofrece Jesucristo mismo, tanto por el gozo que procura su presencia como por la promesa del cielo y la tierra nuevos, donde se cumplirán los anhelos humanos de vida plena.

Por esto, hace falta que los fieles cristianos procuren:

- Consolar a quienes necesitan consuelo con palabras y gestos adecuados, que muestren la voluntad sincera de acompañarlos por un camino de recuperación de la autoestima, de la confianza en los demás, de la esperanza ante el futuro.

³³ Concilio Ecueménico Vaticano II: Const. dogm. sobre la Iglesia, 35

³⁴ 1Te4,18

³⁵ Lc 7,13

- Recordar a los afligidos que la gloria del cielo es la bienaventuranza que Dios ha prometido a quienes lloran. Aunque sea incomprensible humanamente, esta bienaventuranza esconde un camino privilegiado que favorece el encuentro con el Señor.

3 - Perdonar

“Perdonad y seréis perdonados”³⁶.

El gesto de perdonar muestra la generosidad y el temple de las personas. Todo el mundo admira a quien perdona, pero se hace difícil perdonar tantas veces como haga falta.

Ante la persona que nos ofende, la primera reacción es siempre de indignación y de ruptura. Después vienen las actitudes de indiferencia, aversión y la incapacidad de perdonar. Quien ha tenido esta experiencia sabe bien que el verdadero perdón nace de la contemplación de Cristo: Jesús lleno de misericordia perdona incluso a quienes le crucifican. Es el amor misericordioso de Jesucristo, que nos ha sido dado, el que nos hace capaces de perdonar a quienes nos han ofendido.

No faltan ocasiones en la vida ordinaria para ejercitar esta obra de misericordia. San Pablo nos exhorta: “Revestíos de los sentimientos que caracterizan a los escogidos de Dios, santos y queridos: sentimientos de compasión entrañable, de bondad, de humildad, de dulzura, de paciencia; soportaos los unos a los otros y, si alguien tiene algo contra otro, que lo perdone. El Señor os ha perdonado: perdonaos también vosotros”³⁷.

Por esto, hace falta que los fieles cristianos procuren:

- Fomentar la visión realista de la propia vida, reconociendo los pecados y faltas que nos alejan del amor a Dios y a los hermanos. Desde la humildad se vive la experiencia del perdón de Dios y se está dispuesto a perdonar a quienes nos han ofendido.
- Acoger con facilidad cualquier gesto de reconciliación o de petición de perdón que provenga de quienes reconozcan que nos han perjudicado u ofendido y concederles un perdón generoso.
- Fomentar caminos de reconciliación concretos en el seno de las familias, de las comunidades cristianas y de la sociedad en general, para superar los recelos y enemistades que las dividen

4 - Rogar por los vivos y por los difuntos

“Recomiendo que hagáis plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres”³⁸.

La plegaria de los cristianos es siempre un trato de amistad o relación viva de los hijos con Dios Padre misericordioso. En esta intimidad, la oración de intercesión pide en favor de los otros, presenta a Dios plegarias y súplicas por los vivos y por los difuntos. Como dice el catecismo: “Interceder, pedir a favor de otro es, desde Abraham, aquello que es propio de un corazón entregado a la misericordia de Dios. En el tiempo de la Iglesia, la intercesión cristiana participa de la de Cristo y es la expresión de la comunión de los santos”³⁹.

La plegaria de intercesión pide para los vivos el conocimiento y la sabiduría, la confianza en Dios misericordioso y el cumplimiento de su voluntad. Las peticiones de pequeñas o grandes cosas concretas siempre quedan condicionadas a estas, pues tanto las cosas adversas que querríamos evitar como las favorables que querríamos mantener, deben hacernos crecer en la confianza en Dios. Así deben ser presentadas nuestras súplicas.

La plegaria de intercesión por los fieles difuntos supone una mirada dichosa y confiada sobre el destino de los hombres tras la muerte temporal. Es una confesión de fe y de esperanza. San Agustín

³⁶ Lc 6,37

³⁷ Col 3,12

³⁸ 1Tm 2,1

³⁹ C.E.C. n° 2635

rogaba por su madre diciendo: "Sé que ella obró con misericordia y que de corazón perdonó las deudas a sus deudores, perdonadle también Vos lo suyo, si es que lo contrajo durante este largo cortejo de años que vivió después de haber recibido el agua de salud. Perdonadlos, Señor, perdonadlos, os lo suplico...."⁴⁰.

Por esto, hace falta que los fieles cristianos procuren:

- Pedir, en su plegaria, para otras personas aquellos dones que son los más fundamentales y deseables: la liberación del mal; el conocimiento del evangelio, que es palabra de la verdad; un amor cada vez más grande a Jesucristo; una vida digna del Señor que lo complazca en todo.
- Pedir que el Señor tenga misericordia de los difuntos que necesitan ser purificados de los pecados cometidos durante su vida. Practican excelentemente esta obra de misericordia quienes asisten a la celebración de la eucaristía encomendada en sufragio por sus difuntos. Pedir también a Jesús resucitado y glorioso que quiera reunir con Él a todos aquellos que han muerto en la esperanza de la resurrección.

CONCLUSIÓN

Concluyo esta carta pastoral deseando que todos los fieles de la diócesis sean conscientes de las privaciones que sufren muchos hermanos nuestros y sientan como propias sus tristezas y sus penas.

Estas personas nos piden que las escuchemos y acojamos y que, tanto como podamos, nos pongamos a su lado como servidores y amigos. También Jesucristo, Nuestro Señor, nos pide que seamos compasivos y tengamos hacia ellas un corazón misericordioso, como es misericordioso el Padre del cielo.

Tanto individual como asociadamente, podemos mostrar nuestra caridad en favor del prójimo. Siempre es posible un ofrecimiento de ayuda, unas palabras de consuelo, unos momentos de compañía, un largo silencio para escuchar las protestas o enjugar las lágrimas.

El ejemplo de los santos -hemos recordado Santa Joaquina de Vedruna al inicio de la carta- y de tantas personas que han sido ejemplo de amor a Dios y de generosidad y servicio a los otros, sea para todos una llamada renovada al ejercicio de las obras de misericordia.

Así lo pido a la Virgen María, madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Solsona, 16 de julio de 2005
Fiesta de la Virgen María del Carmen

⁴⁰ S. Agustín, Confesiones, IX, 35.